

## Comentario Graciela Musachi

En primer lugar, respecto de la pregunta de Blanca Sánchez, “si las pasiones del *a* tienen relación o no con el Otro”, ustedes saben que ese fue el problema fundamental que planteó Freud al final de su vida, especialmente en la Conferencia 31, las *Nuevas Lecciones Introductorias*. Él se preguntaba cómo relacionar el inconsciente con la pulsión. Recurre a una metáfora topográfica, porque no disponía de la topología. Entonces, en la conferencia Freud hace todo un esfuerzo para ver cómo se podía articular lo que nosotros, en nuestros términos, diríamos “el significante en el inconsciente y el objeto en la pulsión”. En definitiva, Freud no puede responder. Sin embargo, en esa topografía que inventa, hace un símil muy interesante que, yo diría, lega a Lacan. Porque evidentemente, Lacan tiene el mismo problema que Freud. Miller lo ha llamado así: el problema de Lacan. Es decir, cómo articular significante y goce.

Miller, como ha leído la enseñanza de Lacan en distintos momentos, ha dado dos enfoques sobre este punto. Uno es el que llamó en *Donc* “Los siete enanitos de Lacan”, donde encontró siete modos en que Lacan trató de articular significante y goce. Luego vienen los famosos paradigmas del goce en su seminario *La experiencia de lo real*. Y ¿qué es lo que encuentra Miller, dicho específicamente por Lacan? No hay que articular nada porque el significante es goce, es decir, produce goce. ¿Cuál es el punto que nos interesa? Que eso hay que situarlo en un análisis, porque si bien produce goce, no produce todo el goce del cuerpo. Entonces, en ese trabajo de cernir el goce que produce el significante, se ciñe a la vez algo de eso imposible de decir que son acontecimientos del cuerpo que no se inscriben como goce del significante. Entonces, en ese sentido yo creo que mi respuesta a esa pregunta es: las pasiones del *a* no tienen relación con el Otro por algo muy simple: porque no hay Otro. Es decir, no hay Otro del Otro, el Otro aparece en forma de *a*, el único Otro que nosotros conocemos. Pregunta que me resultó realmente interesante para volver a plantear cómo leer Lacan, porque depende de dónde lo tomamos tenemos el problema de la articulación, y si lo tomamos desde más adelante, no tenemos ese problema. A tal punto que en la frase que tomó Blanca del seminario *Aun* se ve perfectamente que el ser hablando goza y no quiere saber nada, esa es la frase de Lacan que está implícita en la adquisición del saber y su ejecutividad, vamos a decir. Siempre me gusta recordar el problema de Freud, porque tenía ese problema, precisamente. Trató de articularlo en una topología también, que es una topografía en “El yo y el ello”, en ese famoso dibujo que es como un cerebro, donde también hay una torsión realmente asombrosa del pensamiento de Freud.

Por otra parte, a diferencia de la tristeza –en el sentido de que hay en ella algo que está mal situado en la relación con el inconsciente, y por lo tanto con el goce del significante–, en el “gay saber”, y en el ejemplo del amor cortés, el ser hablante goza y no sabe nada ni quiere saberlo. Simplemente tiene a esa dama, que sabe que nunca la hace suya y a la que le canta, y ella se sitúa tranquilamente en ese lugar. Hermosas épocas, donde ellas consentían tranquilamente a hacerse adorar, a hacerse cantar, etcétera. Ambos, creo yo, gozaban de eso, de esas palabras hermosas.

¿Por qué podemos decir entonces que el significante es goce? Porque la pasión es la retórica de la pulsión. No hay modo de enterarnos de la pulsión si no es a través de la retórica de las pasiones. Uno por uno. Es decir que el lenguaje de las pasiones modalizan el cuerpo erógeno. Y Lacan dice en “La Cosa freudiana”, algo curioso y es

que ese lenguaje es el del amor propio; no se está refiriendo al narcisismo, sino a la adoración del cuerpo como cuerpo. En las pasiones se puede observar ese amor propio, donde el sujeto se deja llevar por ese cuerpo atrapado en un discurso, o tramado, diría yo, por un discurso. Entonces respecto de la tristeza, en esa frase en la que Laurent afirma que se trata de “un saber cortado de la vida”, se ve claramente lo mal situado del sujeto en relación a su goce, que algo que está unido como es el goce del significante, ahí está cortado. En la *acedia*, ese efecto de pereza y de desidia, se ve también claramente. Blanca lo marcaba muy bien en el hecho de que ni siquiera hay un gusto de hablar por hablar, porque evidentemente el hablar por hablar produce una satisfacción en el cuerpo, el ser hablando goza y no quiere saber nada, ¿Cómo llevar a un triste como este a un diván, por este efecto de pereza, de desidia? Es muy difícil.

Luego están los dos films de Albertina Carri que, precisamente, tratan sobre una pasión política. Una pasión política podría haber sido el destino de Albertina Carri; lo que ella nos cuenta en esas películas es el destino de una pasión política que no fue. Es decir que ella se ha separado de ese legado de los padres, y hay que decir que quizás ha atravesado un análisis. Esto es harto evidente en las cosas que dice, y en todo ese proceso de no sucumbir a un destino mortificante y mortífero, también.

Con estos films parecería que está intentando cercar un real, un real que le es propio del cual nosotros no vamos a saber nada. Pero ese es el trabajo de ella. Lo tenemos que notar en el lenguaje de Lacan, como lo marca Miller, ya que mientras al comienzo Lacan hablaba de *lo real*, luego precisamente, cómo cada uno ciñe *su* propio real. Siempre lo que está ceñido es *un real*, no es *lo real*. Lo real es un concepto en un nudo, pero en el trabajo analítico lo que podemos ceñir es *un real que es propio a cada uno*.

Quisiera leer una frase de Lacan que, durante todo un semestre, analizamos en la EOL hace unos años. Todo lo que nombra aquí Lacan son los nombres de las pasiones que han estado citando hoy, pero me interesa marcar un punto en particular. La frase está en “De una cuestión preliminar...”, en donde aborda el caso Schreber, dice Lacan: “el deseo, el hastío, el enclaustramiento, la rebeldía, la oración, la vigilia, [...] el pánico, en fin, están ahí para darnos testimonio de la dimensión de ese Otro sitio, y para llamar sobre él nuestra atención”. No los toma como simples estados de ánimo, sino “en cuanto principios permanentes de las organizaciones colectivas fuera de las cuales no parece que la vida humana pueda mantenerse mucho tiempo”.<sup>1</sup> Es decir que las organizaciones colectivas son las que ordenan esas pasiones. Se trata de, para poder vivir en comunidad, organizar una sociedad manejando esas pasiones. Por eso me interesa tomar ese punto, es decir, los usos políticos de la pasión. Es algo que está implícito en los temas que trata Albertina Carri, y el uso político que ella misma hace de eso. Uno podría decir que hace un uso político de su pasión por el cine, y muestra el modo en el que trata las pasiones políticas.

Hay dos usos políticos que a nosotros nos interesan de la pasión. Uno lo vimos en el modo en que se nombran las pasiones... Ustedes habrán notado que se ha cambiado el nombre de “tristeza” por el de “depresión”. Es decir que en eso hay una política que sabemos que es médica. Porque si yo digo “tristeza”, “estoy triste”, digo algo semánticamente, abro un campo de significación. Si digo “depresión”, no sé lo que digo. Ni a quién estoy sirviendo. Lo mismo podría decirse de la palabra “violencia” que ha sustituido a “ira”. La violencia no tiene sujeto, la ira sí. Y si nosotros repetimos “violencia”, estamos sirviendo a no sabemos qué amo... o sí sabemos a qué amo,

depende de cada uno enterarse. Incluso las feministas, que hablan de violencia de género, es sorprendente que se presten, o quizás no se prestan, a desobjetivar los efectos de lo que puede llamarse “la ira” en las personas, sea cual sea el género en juego. Entonces, ese es un uso político de estas pasiones “tristes”, como diría Spinoza, el uso de la función de nominación.

Freud decía “Si cedemos en las palabras, cedemos en las cosas”. No hay que ceder sobre las palabras, especialmente cuando somos psicoanalistas. No deberíamos hablar de depresión, salvo para decir esto que estamos diciendo cada vez.

El otro uso político de las pasiones son estos usos sobre cómo organizar las sociedades manejando o utilizando las pasiones, según los términos de Lacan. Ya el problema se había planteado para Spinoza, aunque ustedes no lo crean, en el siglo XVII. Sostenía que había dos usos de las pasiones: o para la servidumbre o para la libertad. Por supuesto, la libertad en el sentido spinoziano del término que era su famoso *amor intellectualis Dei* (el amor intelectual de Dios). Cuando escribe su tratado de las pasiones, está en un combate que se jugaba en el siglo XVII entre una política del miedo en nombre de la razón del estado monárquico absolutista y la religión de la esperanza de los predicadores. Entonces, allí es donde interviene con su *amor intellectualis Dei*.

Ahora bien, el problema que se plantea en nuestro tiempo es el sufrimiento a nivel de las masas. Y alguien como Remo Bodei afirma que, efectivamente, el manejo de las masas para organizar una comunidad es fundamental. Entonces ¿cómo se hace para manejar las pasiones de cada uno cuando tenemos el fenómeno de las masas? Es en el siglo XIX cuando surgen las masas, y se empieza a plantear el problema de cómo sostener las comunidades, porque comienza todo ese derrotero a lo largo del siglo XX de caída de los ideales...

En un librito olvidado de Pierre Legendre, *El amor del censor*, él muestra perfectamente cómo las leyes y los juristas inventan significantes para nombrar los fenómenos sociales cuando tienen que ser intervenidos por la justicia. ¿Y qué hacen, entonces, los juristas y cualquiera que esté en una posición de poder? Incluso podemos decir los políticos, los docentes, cualquiera que ocupe un lugar de significante Uno, como decimos nosotros. Lo que Legendre sostiene es que el poder necesita hacerse amar para hacer creer. ¿Para hacer creer qué? Para hacer creer en las palabras que él lanza para tratar las pasiones de las masas.

Hacer creer. En otros tiempos, si ustedes piensan en la década del 60, quince años después de la salida de la Segunda Guerra Mundial, estaba el problema de la guerra de Vietnam, y aparecieron los *hippies* así milagrosamente, ¿y qué palabras se lanzaron al ruedo? Paz y amor. Y entonces, todos corrían –los que corrían por supuesto, no todos– enarbolando esas palabras. Con “paz” y “amor” ya sabemos, que el amor es algo que no va sin odio, y la paz es una ambición de la Ilustración que demostró su impotencia. Entonces, esos ideales aplastan a quienes los sostienen. Mientras que en los 60 el poder, cualquiera sea, inventa palabras tranquilizadoras como amor y paz –era la sociedad sonriente como la llama Legendre–, actualmente el poder maneja los fantasmas amenazantes, levantándolos o buscando también palabras tranquilizadoras. Por ejemplo, la señora Theresa May, en uno de los atentados en Londres, después de describir los horrores, dice “pero nosotros no nos vamos a someter a ese poder, nosotros vamos a lograr continuar juntos, porque nos une... bla bla bla”, “esto se va a arreglar, porque nosotros vamos a estar acá para cuidarlos”, es básicamente lo que intenta decir.

Hoy se manipulan las amenazas primordiales. Ese es el punto que podríamos destacar como diferencia con los mediados del siglo XX, en el hacer creer.

En su seminario “Los no incautos yerran”, ¿qué quiere decir Lacan con eso? Que en un análisis, uno tiene que ser incauto del inconsciente para poder saber algo del fantasma propio y no creerse cualquier cosa. Es decir, lo que debe permitir un análisis es que no nos hagan creer cualquier cosa, que no seamos arrastrados por las palabras amenazantes o tranquilizadoras que se prenden a nuestras pasiones políticas. Fíjense ustedes la palabra “indignación”, que es una pasión por la revuelta. El indignado quiere hacer una revuelta. Y ya ven ustedes el uso político que ha tenido... El movimiento *Podemos* tomó a los indignados, se convirtió en un partido político y todo eso es usado políticamente. Y habría que ver si los que estaban indignados siguen ahí. Muy bien no les salió, lamentablemente para algunos. Se trata de que uno está tomado por esos significantes y es arrastrado por ellos cuando toca a las propias pasiones ignoradas. Entonces, para un analista, ¿de qué se trata? De poder leer los efectos de los significantes a los que nos tiran a la cabeza cada tanto, en cualquier ámbito que sea. La práctica de lectura al final del análisis no es solamente la práctica de lectura del propio síntoma, o de lo que sueña, también es necesario leer los efectos políticos y las pasiones que son arrastradas con ellas. Y considero que esto es algo muy actual.

*Establecimiento del texto: Analía Domínguez Neira*

*Versión revisada por la autora*

---

<sup>1</sup> Lacan, J., “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis”, *Escritos 2*, Silogveintiuno, Bs. As., 1987, p. 529.